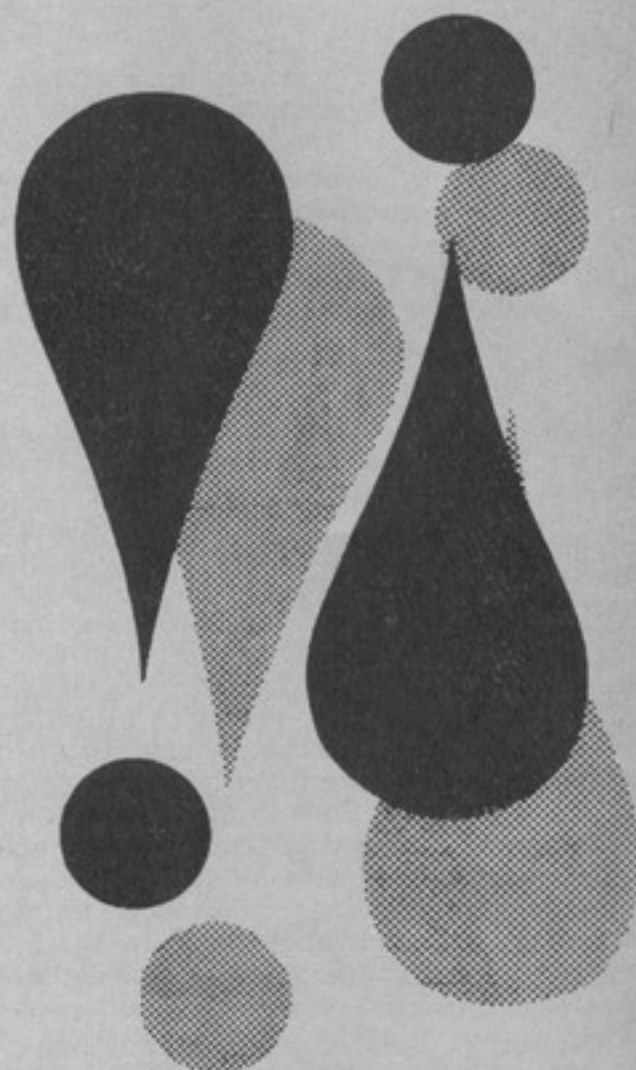


TEATRO



Edward Albee



LA PUCHA

"LA PUCHA", de Oscar Viale, autor de "El grito pelado", vuelve a enfrentarnos con el problema de qué es lo popular en teatro. Planteo que se diría superado, a no mediar estas manifestaciones que responden a un concepto de lo popular como sinónimo de fácil, con el complemento de dos constantes de tono emotivo: lo chabacano y lo sentimental. A veces estas notas abonan la observación en profundidad y entonces la obra trasciende lo sentimental-sensiblero y lo chabacano; si no, la pieza no pasa de ser representativa del color local, de viejo cuño costumbrista, pleno

por
Mirta Arlt

de humor y agilidad en un Laferrère, o de exploración de nuestro ser-porteño suburbano en un Roberto Cosa.

Viale quiere ser frívolo y lo consigue. Pero la frivolidad que concilia con el buen gusto y la agilidad en la mayor parte de "El grito pelado", en "La pucha" carece de la concisión y la agilidad suficientes para salvar esta "travesía" por un espectáculo donde se reúne una serie de episodios y de "tipos", en situaciones más o menos familiares a la gran mayoría del público. El lugar de encuentro imaginario es el escenario del Teatro Nacional San Martín, convertido

en espejo de una realidad enmarcada por la receta del "sketch" televisivo, apto para imprimir el ritmo de music-hall, tal como fue la intención de esta pieza. Su objetivo, queda dicho entonces, es el entretenimiento, la diversión, el espectáculo.

Pero en "La pucha" el entretenimiento se resiente por la longitud de la puesta en escena, pues los nueve sketches sobrepasan abundantemente las dos horas de espectáculo, donde las notas y los "tipos" se reiteran, como sucede con el vendedor ambulante. La diversión, a su vez, hace excesivo hincapié sobre lo verbal, apelando inclusive al chiste "verde", que casi siempre empobrece el espectáculo.

Gastón Breyer realizó una escenografía visualmente interesante aunque demasiado imponente y definitiva para jugar eficazmente con la liviandad propia del music-hall. Tampoco la música contribuye al juego, pues tiene más aliento brechtiano que juglaresco.

En suma: salimos del San Martín con la sensación de encontrarnos ante una "búsqueda" inadecuada —por momentos fresca—, aunque con mayor frecuencia más acorde con el tablado ocasional que con el Casacuberta. Si lo que se intenta es desacartonar la imagen que puede privar en el público de lo que es teatro, la vía no es entregarle sketches televisivos. La falla no está en el autor, ni esto significa menosprecio para la televisión. Simplemente los espectáculos dados a nivel periodístico, del momento, para una sola vez, condicen más con un medio destinado al público que mira, mientras realiza acaso actividades domésticas, sin disposición de entregarse al espectáculo. El teatro, en cambio, es más exigente y se justifica por eso, no se lo ve de paso sino ex profeso. Desacartonarlo por esta vía es realizar una búsqueda fuera de lugar, algo así como aquel que buscaba el objeto perdido debajo del farol no porque lo hubiera perdido por ahí, sino por la sencilla razón de que ahí había más luz. O sea que la falla en este caso reside en la elección realizada con la finalidad de popularizar el teatro, pues es deseable que el "popularizar" levante el nivel de lo popular en lugar de ir a la zaga de lo elemental.

Los actores, en cambio, nos reconcilian con el teatro: Norma Bacicoa se ve medida, dúctil, graciosa; Luis Brandoni, apto para el juego de la comedia liviana; Jorge Rivera López resulta una revelación de comicidad rara vez aprove-

chada en su carrera, y los demás en un nivel de corrección.

Es imputable a Roberto Durán, como director, no haber intuido la necesidad de cortes donde el ritmo de la comicidad lo requería.

Dado que el espacio es corto y los estrenos en la cartelera múltiples, nos permitiremos recomendar "La gaviota" en el ABC; la versión de la inmortal obra de Antón Chéjov pertenece a Ameijeiras y está realizada por un grupo entregado con seriedad a la labor, con lo cual consiguen un saldo deleitable.

En el Payró, la liviana parodia sub-urbana del año veinte, "Una pasión arrabalera", perteneciente a Roberto Habegger: música, canto, caricatura de tipos porteños. Esta es la primera de un conjunto de piezas de autores nacionales proyectadas para el escenario de este teatro.

En el Sha, "Todo en el jardín", de Edward Albee, por el Grupo Stivel, defraudará a los admiradores de este autor; primero, porque no se justifica la realización de una pieza mal estructurada, que ni siquiera le pertenece, pues es un arreglo de la pieza del autor inglés Giles Cooper, fallecido en 1967, y, segundo, porque la puesta de Stivel acentúa los defectos por la inadecuada elección de actores. Sin embargo, Federico Luppi en uno de los trabajos más importantes de su carrera, nos deja presenciar con placer el primer acto.

En el plano experimental, el Grupo de Teatro Universitario "El Tablado de la Reina", de la Universidad del Salvador, bajo la dirección de Ubén G. Arancibia S. J., enfrentó la peligrosa responsabilidad de poner en escena la obra de Diego Fabri, "Inquisición". Más acorde con el gusto de aquellos que buscan la polémica en el teatro de ideas que la excelencia en el plano creador de personajes y conflictos. Esto puso a los actores José M. Iturralde, Juan C. Ferrer, Luis Marcucci e Isabel Cospito, en el trance de tener que retener un texto de largos parlamentos, lo cual hubiera colocado en jaque a intérpretes mucho más experimentados. La pieza fue seguida de un agitado debate donde el público demostró haber registrado toda la problemática religiosa que Fabri plantea a partir del problema de la vocación. ♦